



## Carlos Monsiváis, *Apocalipstick*

(México D.F., Random House Mondadori, 2009,  
417 pp. ISBN 978-607-429-717-1)

di Laura Alicino

Se informa a los habitantes del planeta Tierra: a consecuencia del cambio climático muy pronto se iniciará el conteo regresivo y la humanidad entrará en su fase terminal. Sin embargo, y por fortuna, en vísperas de la catástrofe les ofrecemos la gran oportunidad: el lipstick que hará que se enamoren del color como casi nunca lo hubieran visto, un color incendiario por sus pigmentos puros y con la sensación cremosa que deja su néctar de miel nutritivo. ¿Qué más quieren? Acudan al fin de la especie con labios flamígeros, los propios del beso de la despedida. (2009: 13)

En este volumen, el cronista mexicano Carlos Monsiváis recoge una serie de ensayos acerca de la historia y de la vida de la Ciudad de México. Partiendo desde una lectura satírica de la inminente Apocalipsis de 2012, Monsiváis recorre las etapas fundamentales de la historia de los últimos cincuenta años. La colección se divide en treinta y cinco capítulos que discuten de las características de la ciudad, de las costumbres de los mexicanos, del espacio urbano – como el Zócalo (2009: 163) o la Zona Rosa (2009: 173) – y de los acontecimientos históricos más llamativos. Con la ironía y el carnaval que caracterizan su escritura, el autor afronta temáticas de relieve



como las elecciones de 2006; el machismo; la marcha del EZLN en la Ciudad de México del 2001; la marcha contra el desafuero de López Obrador; la politización de los chilangos; el tema de la homosexualidad o las varias manifestaciones públicas de los ciudadanos.

Según las peculiaridades que caracterizan lo que ha sido definido el “género Monsiváis” (Paz 1972) – que se mueve entre crónica, ensayo y literatura – la colección de ensayos está enriquecida por una serie de cuentos de natura ficcional, que funcionan de contrapunto a la narración puramente periodística. Se trata de una serie de textos sueltos que no se encuentran catalogados en el índice. Aparecen de repente entre un capítulo y otro, como si fueran entreactos lúdicos durante la lectura ensayística. Así como los ensayos, también los textos literarios abarcan temáticas de interés cultural como la ignorancia, la superstición, el clasismo o la vida nocturna en la Ciudad de México.

Durante toda su vida, Monsiváis ha mantenido una posición de *outsider*. Eso le ha permitido encontrarse siempre con un pie por adentro y otro por afuera de su mundo. En cada página que Monsiváis escribe encontramos la constante dialéctica entre el adentro y el afuera, entre el margen y el centro, entre la participación y el alejamiento crítico. Estos contrastes se perciben muy bien en las crónicas urbanas dedicadas a la Ciudad de México.

La poética urbana del autor mexicano se desvela a partir de las primeras páginas. “Uno no vive en una ciudad sino en su descripción” (2009: 19), escribe Monsiváis en el primer capítulo, citando al poeta norteamericano Stevens Wallace. La ciudad se encuentra suspendida entre el modo en que es realmente y el modo en que es percibida por diferentes protagonistas. Es una ciudad suspendida entre lo que aparece a nosotros y lo que aparece a los demás: “[...] uno se domicilia en el trazo cultural y psicológico de las vivencia íntimas, el flujo de comentarios y noticias, los recuentos de viajeros, y las leyendas nacionales e internacionales a propósito de la urbe” (2009: 19).

Metafóricamente, el espacio metropolitano de Carlos Monsiváis es un espacio de frontera. La dialéctica de los espacios mentales y reales nos pone en el borde entre dos extremos. Textualmente la frontera puede ser de tipo mental: en *Apocalipstick*, por ejemplo, Monsiváis delinea las características de los integrados frente a los apocalípticos, representando la dicotomía entre adicción y revuelta, según las definiciones de Umberto Eco (1964). Se haga referencia, por ejemplo, a dos capítulos de *Apocalipstick*: el capítulo 8 – “Judas fue el único nominado de los apóstoles” (2009: 71-76) – critica al Gran Hermano, una de las transmisiones televisivas más de boga; mientras que en el capítulo 12 – “Cartografías disidentes en la Ciudad de México” (2009: 131-148) – el autor define el significado profundo de las marchas de los disidentes.

Atinamos también una frontera de tipo espacial por lo que concierne la dialéctica entre el Centro y la Periferia, los extremos que Monsiváis delinea con grande carga humorística en el “Prólogo” de *Apocalipstick*:



En el principio y ante la tardanza del dios cristiano, Huitzilopochtli y Tláloc crearon los cielos y la tierra, y en la Tierra – llamada así porque su componente mayor era el agua– la nación mexicana, hija del dios Caos y de la diosa Demografía, estaba desordenada pero nunca carente de población, y por eso las deidades aztecas en su empeño de beneficiar a la primera ciudad, produjeron un Centro, atendida a su poder de convocatoria, y pronto en Tenochtitlan ya no cabía un alma aunque todavía quedaba sitio para los cuerpos, y como había tiempo – la población no se hizo en un día – se construyó la Provincia para fomentar las migraciones en la gran ciudad. Y luego Huitzilopochtli y Tláloc y Coatlicue y Xipe-Tótec, Nuestro Señor el Desollado, autorizaron la convivencia de los extremos, aunque faltaban siglos para el advenimiento de la policía y del Qué Dirán, guardianes de lo permitido. (2009: 15)

Esta dialéctica constante no tiene síntesis, como declara el mismo Monsiváis en el título del primer capítulo de *Apocalipstick*: “¿Logrará la metrópolis verse en un espejo? Tesis, antítesis, compás de espera porque a la síntesis le dieron mal la dirección” (2009: 9). Según Monsiváis, el caos no se puede ordinar, sólo se puede mostrar. Por lo tanto, lo único que permite mostrar con distancia crítica y agudeza no es sino la ironía. La ironía, de hecho, parece el medio ideal para sobrevivir en la sociedad contemporánea, el único poder que permite disgregar desde la base todo lo que siempre se ha afirmado. La ironía es algo que corroe y revela todos los límites de la retórica y de la realidad. El grotesco muestra la caducidad de la realidad. La ironía de Monsiváis es la vía para mostrar el caos mexicano, que no pretende ser una síntesis de los extremos. Tal vez, a un nivel más profundo, Monsiváis quiere demostrar la posibilidad de un lugar de presencia simultánea de esos extremos, un verdadero centro, la *nepantla* de que habla José Emilio Pacheco (Monsiváis 2007:17).

La paradoja entre realidad de los hechos y percepción de la Ciudad de México se resuelve parcialmente en el momento en que Monsiváis logra convertir la ciudad misma en un personaje vivo, fin a sí mismo, que habla a través de los rasgos que la caracterizan: el metro, las marchas de los disidentes o la homologación de los integrados. Ella interpreta si misma a través de miles de voces diferentes y contrastantes: “El gran personaje de la Ciudad de México es la ciudad misma, su gran contexto y su mejor referente” (2009: 20).

La descripción de la Ciudad por parte de Carlos Monsiváis tiene que ver con la imagen de la demolición. Por lo menos eso se percibe en las primeras páginas de *Apocalipstick*. El Apocalipsis monsvaíta parece una especie de disolución del espacio urbano, que encarna también la disolución del Yo. El desmadre es, según Monsiváis, una de las características constituyentes del mexicano. El caos de la ciudad puede representar el caos del ser humano contemporáneo. Una de las causas del constante desmadre capitalino es, por ejemplo, el crecimiento demográfico, así que “el anonimato es una variedad del protagonismo” (2009: 25) y el ser humano pierde su



propia identidad. Escribe Monsiváis: “Una cola es la distancia más corta entre la paciencia y la disolución del Yo” (2009: 25).

Sin embargo, a pesar de esta inicial visión negativa del espacio metropolitano, a lo largo del todo el texto, el intento de Monsiváis es crear una curva ascendente, que se mueve desde el polo negativo, hacia el polo positivo representado por la esperanza. Es una esperanza que se dirige a los jóvenes, los únicos que pueden cambiar la realidad. En el capítulo 12 – “Cartografías disidentes de la ciudad de México” (2009: 131-145) – por ejemplo, se describen las marchas de los gay y las lesbianas, de las feministas, de los ambientalistas como una verdadera acción de apropiación del espacio público. En una de las últimas páginas de *Apocalipstick*, en el capítulo donde se comenta la marcha contra el desafuero de López Obrador, Monsiváis escribe:

A intervalos, uno o dos jóvenes se acercan y me confían: “Esto ya no lo para nadie. Vamos a cambiar al país”. ¿Cuántas veces he oído esto? ¿Hasta dónde llega la confianza? [...] Busco una cita apropiada para concluir y encuentro una de Goethe: “Las exigencias superiores son ya de por sí más apreciables, aunque no se cumplan, que las inferiores plenamente cumplidas.” (2009: 411).

También *Apocalipstick*, como cada texto del autor mexicano, se construye a través de una serie de contraposiciones. En primer lugar el contraste entre la forma de la crónica y su contenido: la cultura popular y de masa. En segundo lugar, la tensión entre la aparente seriedad de los temas tratados y la constante actitud de burla (Faber 2007). Esa mezcla continua de estilo alto y bajo representa precisamente la capacidad del autor de hallarse tanto al margen como al centro. Por ejemplo, leyendo el Prólogo de *Apocalipstick*, no podemos prescindir de la risa, pero también no podemos dejar de pensar a como el autor haya dado en el clavo. Después de la risa queda el murmullo de las palabras de un autor que ha entendido la esencia del sistema en que vive y lo ha dejado sin velos. Así, afirma Monsiváis, la sátira ya no es un género, sino una toma de posición del autor frente al hombre y a la sociedad.

Gracias a su estilo irónico y a veces corrosivo, Carlos Monsiváis perfila todos los aspectos, negativo y positivos, de una sociedad siempre en evolución. Y es precisamente este dualismo fundamental que se encuentra constantemente en todas sus obras: la tendencia a individuar la parte negativa de la sociedad pero también y sobre todo la parte positiva. Linda Egan (2004) afirmaba que no podíamos conocer el final de la historia hasta que su proyecto no haya sido terminado. Ahora podemos asumir que, quizás, *Apocalipstick* puede representar el epílogo capaz de cerrar el círculo de su amplio y monumental camino literario. Tal vez, antes de su muerte, Monsiváis nos ha dejado su último “poema de amor” dedicado a su ciudad y a su pueblo.



BIBLIOGRAFÍA

Eco U., 1964, *Apocalittici e integrati*, Bompiani, Milano.

Egan L., 2004, *Carlos Monsiváis: cultura y crónica en el México contemporáneo*, México, FCE.

Faber S., 2007, "El estilo como ideología: de la *Rebelión* de Ortega a los *Rituales* de Monsiváis", en M. Moraña e I. Sánchez Prado (eds.) *El arte de la ironía: Carlos Monsiváis ante la crítica*, Era, México D.F., pp. 76-104.

Monsiváis C., 2009, *Apocalipstick*, Random House Mondadori, México D.F.

Monsiváis C., 2007, *Las alusiones perdidas*, discurso en la FIL presentado por José Emilio Pacheco, Anagrama, México.

Paz O., 1972, *Puertas al campo*, Seix Barral, Barcelona.

---

**Laura Alicino**

Università degli Studi di Bologna

[laura.alicino2@unibo.it](mailto:laura.alicino2@unibo.it)